

Renaud MORIEUX: *The Channel: England, France and the Construction of a Maritime Border in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016, 402 pp., ISBN: 978-1-108-44184-1.

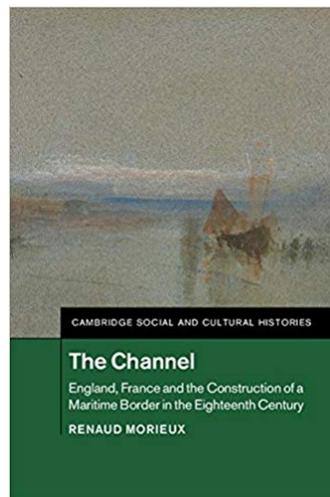
Aitor Díaz Paredes
Universidad de Navarra

Definiendo espacios: La solidificación de una frontera líquida

Si bien peca de reduccionista, no deja de ser válida la idea asentada de una Segunda Guerra de los Cien Años. Esta actualización del conflicto entre las dos grandes potencias europeas separadas por el Canal de la Mancha, que comienza con la expulsión de Jacobo II de los reinos británicos en 1688 y finaliza con la derrota total de Napoleón en 1815, encaja, muy oportunamente, con ese largo siglo XVIII, telón de fondo ante el cual Renaud Morieux plantea este estudio. Durante esa centuria, dos concepciones de la política, dos modelos de Estado y dos proyectos de Imperio, dramáticamente opuestos, fagocitarán las relaciones internacionales europeas, tanto en su dimensión metropolitana como transoceánica.

La treintena de kilómetros que separan Dover de Calais, comprenden cien años de competición política, económica, militar, cultural y tecnológica, permiten hacer historia *sobre* y *en* el canal, y sirven de espejo en el cual ambos gigantes se miden, se comparan, y se ven en la tesitura de convivir. Un ejercicio por lo tanto de historia comparada, pero que logra exponer las diferentes capas de interacción entre no sólo los gobiernos de ambas potencias, sino de los habitantes de estas, cuyas vidas, a ambas orillas del estrecho que les separa, se ven inevitablemente entrelazadas, sin poder escapar a los grandes procesos que se desencadenan a su alrededor.

Es así, subrayando lo insuficiente para la correcta comprensión de la realidad histórica de esa “retórica esencialista” perpetuada a lo largo del siglo XVIII por la cual británicos y franceses se encuentran irremediabilmente enfrentados, como da comienzo Morieux su estudio sobre el canal. En su comentario introductorio, el autor repasa la construcción del discurso nacional inglés en torno a la frontera marítima, partiendo de su insularidad como explicación de la excepcionalidad propia, lo cual vendría a chocar con una interpretación totalmente diferente en el lado francés, cuyo discurso carecería de las connotaciones existenciales planteadas por la historiografía anglosajona. Una divergencia discursiva, la de dos potencias, una marítima, otra continental, que interactúan durante sus respectivos procesos de “territorialización”, y que se proyectaría hasta la actualidad, oportunamente traída a colación por el autor, en plena salida británica de la Unión Europea. Así pues, justificada la cuestión objeto de estudio por la vigencia del tema, la originalidad del hilo conductor y los diferentes estratos en los que el autor profundiza para obtener un cuadro completo quedan dibujados en la introducción del libro.



La primera parte del libro sirve como biografía del canal que separa Gran Bretaña del continente europeo. Resulta original y sorprendente el detenimiento del profesor Morieux en desarrollar una historia del sentido mismo del estrecho. Para ello, se basa en las interpretaciones tanto de la Biblia como de los autores clásicos que se realizan durante la Edad Moderna. Asimismo, también se parte de la evolución del lenguaje y de la toponimia para establecer las coordenadas mentales que subyacen en las diferentes denominaciones que recibe a lo largo de la historia. Una solución refrescante ante el problema necesario de la contextualización del hecho geográfico y las situaciones y procesos que este desencadena. Tienen cabida aquí desde las frágiles e incipientes teorías en torno a los yacimientos arqueológicos en los que se descubren restos de animales prehistóricos, prueba de una primigenia unión entre las islas y el continente, pasando por la interpretación providencialista marcada por un fuerte determinismo geográfico de la condición insular, a la representación misma de la frontera a lo largo de los siglos XVII y XVIII y la relación entre la plasmación de ésta en la cartografía y la configuración del Estado Moderno.

La parte central de la obra, una vez enmarcado el espacio, aborda la definición de esa frontera marítima en la práctica, siempre con la connotación bélica de fondo. En el caso francés, con una clara política defensiva marcada a partir de la racionalización de las defensas tanto costeras como interiores de Francia emprendida por Vauban y continuada hasta las Guerras Napoleónicas, sentenciada la frontera como una cuestión militar. Pese a la obviedad del canal como frontera natural, la política a seguir no contó en Reino Unido con el mismo consenso que en Francia, dividida entre una apuesta total por el control de los mares, y una mayor implicación en el devenir de los acontecimientos en el continente europeo.

Esa definición de la frontera a lo largo de la concatenación de conflictos entre ambas potencias afectaba de forma dramática, y he aquí uno de los grandes valores de este estudio, a la población civil de ambos lados del estrecho, a esos “frontaliers” y “borderers”, habitantes de una frontera tan obvia como escurridiza, convertidos en integrantes de las milicias, huéspedes de tropas profesionales destinadas en sus localidades, corsarios, comerciantes, contrabandistas, artesanos y pescadores, estrechamente ligados entre sí y desapasionados defensores de un aparato estatal cada vez más sofisticado y preocupado en combatir el contrabando e imponer *su* frontera sobre el otro.

La construcción de una teoría política para sustentar la supremacía en el estrecho resultaba necesaria, en especial para los británicos, chocando con la obra de Hugo Grocio, ya a comienzos del siglo XVII, conceptualizado el mar «no como zona neutral, sino como parte del territorio de la Corona, frontera fiscal, económica y política» (p. 183). La autoridad para reclamar la posesión de la frontera marítima con franceses, y también neerlandeses, según se desarrollaba el siglo XVII, y plenamente a lo largo del siglo XVIII, era fundamental para revestir de legitimidad las acciones contra los intereses pesqueros y comerciales británicos, así como las incautaciones y confiscaciones de bienes de contrabando o botines de guerra, y el perfeccionamiento del sistema aduanero. Irónico resulta constatar que el poder del uno sobre la cuestión fronteriza no es sino el reconocimiento involuntario de la amenaza del otro, pese a la teoría británica de la soberanía de los mares.

Por último, Morieux dedica la tercera parte del libro a la cotidianidad en la transgresión de dicha frontera. Unos capítulos donde reside el gran activo de su investigación, descendiendo a la realidad de una frontera dinámica, donde los diferentes actores interactúan y en ocasiones colaboran independientemente de las disputas entre las autoridades británicas y francesas, en

un momento en el cual «las afiliaciones nacionales aún no estaban claramente definidas» (p. 314). Ante la imposibilidad de controlar completamente el tránsito de personas y mercancías, el autor aporta numerosos y detallados ejemplos en los que las comunidades locales defienden sus intereses, encajen o no en la estatalización de la frontera, proceso que corre paralelo, amén de a la afirmación del Estado, a las convulsiones políticas que vive Francia en el tránsito del siglo XVIII al XIX. Tanto es así, que, en ocasiones, se descubre la rivalidad entre regiones como Bretaña y Normandía, revelando un plano de comunidad paralelo al de la construcción de la nación francesa. Igualmente, los contrabandistas podían contar con la connivencia de las autoridades portuarias, defendiendo el autor que «el modelo centro-periferia está, sin lugar a duda, mejor adaptado a la hora de explicar cómo los lazos que unen las comunidades marítimas fueron formados en torno a este tipo de intercambios» (p. 251).

Tal y como afirma Morieux, las actividades de los pescadores franceses e ingleses, tanto legales como ilegales, se encontraban estrechamente entrelazadas, hasta el punto de tener lugar con o sin políticas mercantilistas, leyes parlamentarias, embargos comerciales o guerras, pero, al mismo tiempo, dichos pescadores podían actuar como, por ejemplo, espías en los puertos del enemigo o sujetos de debate del bienintencionado y torpe humanismo ilustrado, el cual les representa como «una versión europea del buen salvaje» (p. 236). Son los pescadores y los contrabandistas, pero también los hugonotes que huyen de la política religiosa de Luis XIV, los burgueses de Dunquerque, los habitantes de Jersey o Guernesey, quienes dan vida al canal de la Mancha durante el siglo XVIII, mientras Reino Unido y Francia se asientan como las dos grandes potencias del tránsito de la Edad Moderna a la Edad Contemporánea.

Esa hidra de la que hablaba Víctor Hugo desde su exilio en las islas del canal, ese ser indivisible, cuyo oleaje no podía ser dividido y delimitado por fronteras artificiales (p. 325), es retratado por Morieux en toda su complejidad, desde el golpe de Estado orangista de 1688 hasta las derrotas de Trafalgar y Waterloo. Se trata, en definitiva, de una obra de especial interés, con un planteamiento ambicioso y diferente. Morieux disecciona los distintos planos en los que se mueven los agentes que hacen del canal un punto de encuentro y choque, y lo hace tocando temas tan dispares como la etimología o los servicios de mensajería. Tal vez sea en su virtud donde se encuentre su punto más débil, compartimentando tal vez demasiado las partes, insistiendo el propio autor precisamente en la interconexión de estas. No obstante, cierta falta de cadencia no ensombrece una obra muy meritoria, que hace de la arbitraria geografía protagonista absoluto del curso de la historia y demuestra la enorme trascendencia de *la Manche* tanto para las élites políticas como para los agentes locales en el proceso de construcción del Estado —y la frontera.